

# *Las huellas de Oriente en Occidente: notas sobre la comunidad china en América Latina*

*Sergio M. Cesarín.*

## **1. El porqué: el inicio del camino.**

La historia de la presencia de comunidades chinas en América Latina se forma por un entramado de actos políticos heroicos; está íntimamente relacionada con la construcción económica en los primeros estadios del desarrollo del capitalismo en el Cono Sur de América, por lo que sus huellas pueden encontrarse recorriendo de manera profunda la cultura de nuestros pueblos.

Sin lugar a dudas, la arritmia del tiempo histórico en el que se produce la llegada del mayor número de migrantes chinos a nuestra América caracteriza un período (como fue el de fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX para China) que se constituye en la causa principal de la heterogeneidad que mostraron las oleadas de migrantes en términos de su asentamiento geográfico y su consolidación como cultura dentro de otra cultura a nivel subcontinental.

Si algo cruza a los grupos de chinos, provenientes en su mayoría del territorio chino continental, es la dolorosa identificación con dos realidades humanas que han dejado, incluso en el presente, profundas marcas en el espíritu del pueblo chino: la primera fue la aguda crisis política, social y cultural en la que se debatía China desde 1840 (en particular después de perder frente a Gran Bretaña la I y II Guerra del Opio) y, en segundo lugar, la crisis (en realidad un profundo conflicto existencial) producto del desmembramiento de los lazos familiares en razón de las guerras y periódicas revoluciones que, en última instancia, devinieron en el sistema de explotación que las formas del capitalismo avanzado de principios del siglo XIX impusieron sobre la lógica de absorción de mano de obra barata por parte de las potencias imperiales, con el objeto de llevar adelante la construcción de las economías más avanzadas. Es decir, el viraje brusco que significó la pérdida de la "centralidad familiar" para el ciudadano fue agravado por la pérdida del sentido de la "centralidad de China" como país, cultura y centro civilizador" sumiéndola en un período de los más oscuros de su historia.

América Latina fue en parte el destino de la "desdicha" para millares de chinos que fueron obligados a embarcarse a tierras desconocidas por traficantes de mano de obra esclava, que habían visto impedida la continuidad del comercio de esclavos negros hacia el continente, debido a las periódicas rispideces que la competencia económica generaba entre las potencias coloniales y marítimas del siglo XVIII y XIX, como lo eran Gran Bretaña y España. En gran medida, las primeras huellas de

la cultura china pueden ubicarse en la literatura de la “tristeza” y la añoranza que intelectuales, desclasados, campesinos y profesionales no calificados, obligados al duro trabajo, crearon como expresión del conflicto entre los valores del “viejo mundo chino” y el ideal utópico de “una nueva tierra”, como la latinoamericana, que potencialmente podría algún día ofrecerles oportunidades de libertad y trabajo en paz.

Las causas del arraigo fueron diversas. La propensión a la aceptación por parte de las comunidades locales no fue la de menor importancia dentro del conjunto de variables tenidas en cuenta en este aspecto, sino que la posibilidad del establecimiento de industrias, el desarrollo de actividades comerciales y la “oportunidad para enriquecerse”, típicos atributos de la mentalidad china tradicional, fueron los valores determinantes en la elección final de la tierra de adopción.

Los Estados Unidos comenzaron a ser vistos en el apogeo de su expansión imperial como la meca económica que les garantizaba el porvenir que habían perdido como horizonte en su propio país. La economía estadounidense, si bien los había sumido en la lógica frenética del capitalismo más salvaje, por el que millares de chinos dejaron su vida, también podía compensarlos con la mirada de oportunidades en un marco de libertad, en dosis como jamás habían disfrutado.

Hacia el sur del continente, el compromiso fue manifiesto en la lucha revolucionaria independentista como medio de aceptación, reconocimiento y finalmente de ascenso en la jerarquía social: la revolución, que antes bien podía inhibir su participación ante la recreación de los padeceres sufridos en la propia tierra, por el contrario fortaleció el espíritu de no renuncia a lo que ya se consideraba la segunda patria; la consigna unificante fue: ya hemos perdido una patria, jamás permitiremos que nos roben ésta. Las huellas que Cuba posee en este sentido son imborrables.

Así, el devenir de la historia los fue encontrando dispuestos al trabajo, la extensión de los lazos a nivel continental basados en los vínculos familiares extendidos, así como en la necesidad de que los frutos del esfuerzo recayeran también en aquéllos que habían quedado en la Madre China. En consecuencia, el creciente éxito económico de los chinos en América, junto con las políticas oficiales de fomento del “sentido de pertenencia y asistencia” del chino de ultramar para con la Madre Patria generaron un *plus* de apoyo a las reformas políticas y económicas que China intentó aplicar a partir de la fundación de la República; sin embargo, los sueños trancos, producto de la división, fortalecieron el imperativo comunitario ya establecido en otra tierra, y las ilusiones del regreso se desvanecieron casi por completo.

Durante el presente siglo, buscar las huellas de China en América Latina se nos presenta como un calidoscopio con multifacetas. La presencia de la comunidad china es relevante en las áreas comercial, industrial, financiera y como nexo vinculante con la China que surge como poder indiscutido en el siglo XXI y, sobre

todo, como vaso comunicante de culturas en sentido bidireccional; es decir, como vehículo de transmisión de valores, actitudes y costumbres que forman parte insoslayable de nuestra identidad: un conjunto de valores tradicionales que enriquecen nuestro “ser moderno”.

## 2. Hacia dónde: los primeros pasos.

“..... *No hubo chino cubano desertor, no hubo chino cubano traidor*”.

**Gonzalo de Quesada,**  
historiador y prócer cubano.

Los comúnmente llamados “chinos de ultramar” constituyen una de las más numerosas comunidades dispersas por el mundo. De un número cercano a los 37 millones de personas, según datos de 1993, en América Latina residen 1,5 millones de chinos; es decir, un 5% del total de emigrados, concentrados en las colonias de Lima, Buenos Aires y San Pablo (1). Tradicionalmente, las sureñas provincias chinas expulsoras de población fueron las de Fujian y Guangdong, las que en 1840 representaban el 10 y 15% de la población total del país, respectivamente (2).

Por motivos políticos y económicos, la población de estas provincias costeras, abiertas a los intercambios marítimos y cosmopolitas, en su mayoría campesinos pero también ricos comerciantes, siempre mantuvieron la tensión por recorrer horizontes lejanos, en particular movidos por el deseo de aumentar los intercambios comerciales. Caracterizados por una cultura propia que los tornó más independientes históricamente del Gobierno Central, los pobladores de Guangdong y Fujian aún hoy se caracterizan por su espíritu de aventura y riesgo; en consecuencia, ya en 1840, cien mil chinos vivían fuera de China antes de que la emigración en masa de mediados del siglo XIX se produjera, aumentando así el número de expatriados a siete millones para 1895.

No debía ser entonces sorprendente que desde la provincia de Guangdong partieran las primeras naves que transportaron a trabajadores chinos, a fin de ser destinados a las labores agrícolas en los campos de azúcar de Cuba en 1847, los que iniciaron el camino para que luego miles de chinos (3) se sumaran a estas tareas, muchos de los cuales luego pasarían a ser reclutas del ejército local que combatiría a las tropas españolas que dominaron la isla hasta 1898. Formados en su mayoría en la dura práctica de las luchas internas en las que China se vio sumida durante décadas (4), los combatientes chinos ganaron reputación de leales, fieles ejecutores de las órdenes, disciplinados y valerosos en el combate; es interesante observar cómo en este punto las “huellas de la tradicional cultura china” y la expresión práctica de los valores confucianos de lealtad, obediencia y disciplina fueron perfectamente utilizados y aplicados como parte de los mecanismos adaptativos por parte de los

primeros chinos que llegaron a las costas de América del Sur. El Ejército, asimismo, institución por demás importante y factor de poder central en la conformación del espacio político latinoamericano a partir del siglo XVIII, compensó la entrega de los chinos a su patria adoptiva a través de la cesión de la función legitimante que la sociedad les reclamaba para la adopción definitiva de un status de ciudadanía.

Apellidos de origen chino son registrados por la historiografía moderna cubana como entre los más relevantes en las luchas independentistas a lo largo de más de cincuenta años. Los chinos, que habían sido utilizados por los españoles para la construcción de carreteras y para el trabajo en los campos azucareros, también habían formado parte de los pelotones de constructores de fortificaciones españolas, por lo que, bien aprovechados por los patriotas cubanos, fueron un sofisticado servicio de inteligencia militar (5) que fortaleció sobremanera las posibilidades de triunfo del ejército independentista.

La historia de la presencia china en América Latina muestra que la sangre del combate se mezcla con la sangre del trabajo y es así como la poesía cubana recoge los sufrimientos y vicisitudes de los chinos en la letra de autores como Pedroso y Guillén, quienes recrean vivencias, experiencias y dolores de los primeros chinos emigrados. Porque no sólo fueron sus padeceres en los movimientos revolucionarios el único patrimonio de los chinos que emigraron a estas tierras, sino que el “trabajo semiesclavo” al que fueron sometidos constituyó el segundo escalón de su incorporación definitiva a nuestra cultura. La falta de mano de obra negra proveniente de África, motivada por la exagerada crueldad con que fueron tratados los esclavos negros y la sobreexplotación a la que fueron sometidos, derivó en que para las potencias coloniales la única alternativa viable y posible en términos de obtención, de rentabilidad económica, adaptación a las exigencias del tipo de trabajo y docilidad recayera en la figura del trabajador chino, el que era fácilmente obtenible en razón de la abundancia y bajo costo de su mano de obra: surge así la figura del *coolie* chino, es decir el trabajador y/o campesino que forzosamente emigra a América para ser destinado al trabajo pesado en el campo o en las ciudades que crecen al ritmo de un capitalismo en expansión.

Navíos españoles, ingleses, luego franceses y estadounidenses, provenientes de las provincias de Cantón, Fujian, Hong Kong (bajo dominio colonial británico) y Macao (bajo dominio colonial portugués) (6) transportaban desde China cientos de trabajadores hacia las tierras caribeñas hacia fines del siglo XIX. En un número aproximado a los ciento cincuenta mil, en su gran mayoría solteros, fueron desplazados hacia América Central bajo la matriz de un comercio que, en razón de la extensión y vastedad de las colonias controladas por cada una de las potencias, con posesiones en su mayoría en Asia y América, facilitó la transferencia de la mano de obra china. Así, 125.000 *coolies* llegaron a Cuba entre 1847 y 1874.

La dispersión de sus profesiones implicaba que no se siguiera un patrón en

principio “lógico”, cual es que la demanda de una economía agrícola debía centrar la oferta de mano de obra en campesinos. Por el contrario, los primeros contingentes en su mayoría estaban compuestos por pescadores, sastres, pintores y peones de carga, ya que los campesinos rechazaban la posibilidad de la excesiva lejanía de la familia, así como no reconocían claramente cuáles eran los beneficios tangibles a obtener (bienes, ahorros, fortuna, bienestar, etc) “a igual o mayor proporción de trabajo agrícola”.

Los intermediarios chinos en el Continente funcionaban como generadores de la atracción de los chinos que, en general, al reconocer la dureza del trabajo campesino, renunciaban a la inscripción voluntaria en los registros de las naves de transporte. El “contrato” firmado por el *coolie* chino fijaba ocho años de obligación de trabajo para el hacendado en cualquier tipo de tarea encomendada, (7) y las condiciones laborales eran duras, si bien el señor se comprometía a entregar alimentos, vestimenta y un alojamiento adecuado para los nuevos trabajadores. Sin embargo, las condiciones higiénicas previas al viaje, las del viaje en sí mismo y la presión a la que eran sometidos por sus contratantes determinaron numerosas muertes, de manera tal que cerca del 10% del total de chinos embarcados hacia la América caribeña fallecieron. (8) La caída en la oferta de mano de obra china en China misma ocasionó no pocos problemas a los intermediarios chinos y extranjeros, los que optaron antes que por los sistemas de captación de voluntarios para el trabajo por métodos compulsivos que deterioraron aún más la situación de los emigrados y sus familias.

Socialmente los chinos se ubicaron en un estrato intermedio entre los blancos (en general españoles) y los esclavos negros remanentes: surge así una característica interesante en el marco de la adaptación de los chinos a las condiciones locales que serviría para que posteriormente los chinos cumplieran una “función de intermediación social” destinada a equilibrar los conflictos internos en sociedades étnicamente conflictivas. (9) La primera, derivada de que su relativa docilidad los hacía preferidos por los hacendados, en tanto que la identificación con los negros se centraba en compartir una similar condición de explotación. Este fue finalmente el factor catalizador por excelencia de la unión entre negros y chinos en las luchas por la independencia, así como en la formación de una conciencia sobre su situación que finalmente derivó en la adopción de un firme compromiso revolucionario.

Hacia fines de 1860, cuando las ordenanzas reales y la presión que ejercieron sobre España las potencias imperiales (10) dificultaba cada vez más el tráfico de mano de obra china, disminuye el número de *coolies* asentados en América Latina. Con posterioridad a la finalización de los contratos y la imposibilidad de regresar, ante la carencia de medios económicos, permitió el surgimiento de una floreciente actividad comercial, en principio basada en el “cuentapropismo” típico de los vendedores callejeros, los que, ayudados por el éxito, se transformaron luego en prósperos comerciantes y dueños de almacenes y tiendas, ayudados también por las típicas

sociedades chinas de ayuda mutua, las que forman otra impronta que los chinos dejaron en estas tierras. Al mismo tiempo, el proceso de asimilación social los encuentra formando familias con mujeres blancas pobres o negras libres, por dos motivos: la persistencia de conductas discriminatorias en las sociedades donde ya se han establecido, y la casi inexistencia de mujeres chinas con las cuales formar una familia.

El devenir histórico nos ofrece un mapa de su presencia a lo largo de América. Sus huellas en Cuba se observan en los mil residentes chinos establecidos en la isla, agrupados en veinte sociedades, de las cuales catorce están en la ciudad capital y el resto dispersas en las demás provincias cubanas. En Honduras, su presencia comienza desde fines del siglo XIX, con los primeros chinos emigrados desde la sureña provincia continental de Cantón, en su mayoría ingresados desde la costa del Pacífico después de largas travesías, producto del comercio de mano de obra antes mencionado. Similar proceso ocurrió en El Salvador, donde los primeros emigrados chinos en parte alcanzaron esta tierra como desprendimientos de los primeros chinos llegados a Honduras, así como, en menor medida, como producto de su desplazamiento hacia otros puntos de Centroamérica.

Hacia el sur del continente, los chinos también encontraron cobijo en las tierras del recientemente independiente Panamá(11). Históricamente, los primeros chinos llegaron a Panamá a mediados del siglo pasado, más exactamente en 1852, como trabajadores contratados para el tendido del Ferrocarril Interoceánico, algunos de los cuales luego, incluso junto a nuevos contingentes de obreros chinos, formaron parte de los trabajos de construcción del Canal de Panamá, cuyas obras finalizaron en 1914 (12). Una comunidad cercana a los 150.000 personas (13) sobre un total de 2,7 millones es la heredera directa de aquellos primeros trabajadores -pioneros-chinos. Hoy Panamá representa, por su ubicación estratégica, un punto fundamental de la expansión comercial, tanto de Taiwán como de China Popular, como centro de redistribución de productos hacia el resto del Continente; actividades controladas por los chinos residentes en Panamá y que los transforman en una de las comunidades mas prósperas, representativas y poderosas a nivel continental.

Actualmente ocho mil chinos emigrados residen en el Paraguay y tienen como centro de sus actividades Ciudad del Este, en su mayoría dedicados al comercio minorista, los negocios de importación y exportación, intermediación, servicios y, en menor número, a las actividades de producción de manufacturas. Conscientes de la importancia que reviste el país para el futuro del comercio intramercosur, son el foco de absorción de las inversiones taiwanesas en el Cono Sur de América (14), bajo la forma de parques industriales o zonas especiales de procesamiento de productos destinados a la exportación.

Otro foco relevante de absorción de emigrantes chinos fue el Perú. Producto también del régimen de trabajo "por contrato", la mano de obra semiesclava china



arribó a las costas del Perú por el puerto del Callao en un número superior a los noventa mil, a partir de 1849, para pasar a formar parte de la miríada de campesinos ocupados en tareas agrícolas, en particular las relacionadas con la recolección del "huano". Hoy administran restaurantes, casas de ventas de calzado y almacenes minoristas. Asimismo, la comunidad china ha sido en gran medida responsable de la radicación de capitales de inversión en el sector minero, petrolero y siderúrgico a comienzos de la presente década. (15) En Brasil, el rol de los chinos fue protagónico también en las explotaciones agrícolas, en las que los campos de café, caña de azúcar y el sector forestal los tuvieron como parte de la clase trabajadora, en particular entre el centro y sur del país.

En síntesis, a pesar de que la angustia de los sufrimientos por los que atravesaron en su país los tornó remisos al compromiso con el cambio político y las luchas reivindicativas en América Latina, participaron en las luchas por la independencia de las naciones caribeñas, en particular Cuba, hasta que la situación derivó en favorable para sus intereses de arraigo y permanencia. Sin embargo, en nuestro siglo es observable que la participación de las comunidades chinas en los movimientos obreros, estudiantiles y políticos contemporáneos a nivel latinoamericano es casi inexistente, en parte como respuesta pasiva ante la primacía que los lazos de pertenencia familiares tienen por sobre los de cualquier otra demanda social o grupal, en parte por haber logrado la satisfacción de sus expectativas económicas, la renuencia a identificarse con facciones o grupos políticos ante la experiencia vivida traumáticamente en su propio país, la carencia de un espíritu de lucha similar al de sus antepasados en las nuevas generaciones, así como el deseo de no agravar la situación de la comunidad china local, en algunos casos ya jaqueada por conductas discriminatorias y preservarse así de medidas punitivas por parte del poder político. (16)

Prósperos comerciantes, empresarios y parte de una "extensa red no visible" de negocios, en su mayoría residen hoy en los más importantes centros urbanos de nuestro continente como ciudadanos de clase media, aportando su riqueza cultural al acervo local, recreando en sus celebraciones y fiestas ancestrales costumbres que reviven lo antiguo, tradicional y permanente (en definitiva, una idea del cambio-no cambio) en "sociedades jóvenes".

### 3. Las huellas...

Existen diferencias interesantes entre el tipo, objetivos e intereses de los chinos que emigraron hacia los países asiáticos y los que llegaron a nuestra América. Más allá de la voluntad o no con que la emigración china se produjera hacia este destino, la consigna finalmente fue la de quedarse y no volver. Si la idea fue partir de China para hacer dinero y volver en las primeras generaciones de emigrados, no fue así en las futuras generaciones, las que vivieron la tensión del deseo del regreso a la tierra de sus padres, pero a las que, sin embargo, se les niega ese derecho por la persistencia

de la inestabilidad política interna en el país de sus ancestros.

Al contrario de los jóvenes japoneses, hijos de emigrados, que intentan volver al poderoso Japón a estudiar, la primera y segunda generación de chinos latinos busca educarse en pequeño porcentaje en los países de residencia, en tanto el mayor número parte hacia los Estados Unidos y Canadá, dando origen así al surgimiento de las que serán, casi cien años después, dos de las más numerosas comunidades chinas de ultramar en el mundo. (17)

Es notable, además, en el caso de América Latina, el ascenso social en el lapso de una generación. Producto de la flexibilización de las leyes nacionales sobre radicación de extranjeros y la necesidad de fomentar la radicación en tierras americanas de migrantes en capacidad de “construir” nuevas sociedades, trajo como contrapartida el atractivo de nuevos contingentes que, en razón de los vínculos familiares existentes, tan profundos entre los mismos chinos, fueron llegando en oleadas sucesivas y número considerable para sumarse a las actividades comerciales, artesanales o de servicios, ya en pleno desarrollo por parte de los primeros arribados.

En el marco de este racconto histórico no puede dejarse de lado el rol que los distintos Gobiernos chinos han tenido en relación con las comunidades de chinos residentes en el exterior. Lamentablemente, para quienes partieron temprano de China, no puede sino entenderse como una relación de rencor y olvido con los dirigentes políticos, en tanto fueron percibidos como los promotores de la situación que los lleva a la extrañeza y lejanía. Sin embargo, y aun con alteraciones, producto de los vaivenes políticos internos, las discusiones sobre el “derecho de correspondencia o asistencia” a mantener entre los chinos emigrados y sus familias en el país de origen constituyeron uno de los más interesantes debates en el seno de las máximas dirigencias políticas, e incluso hoy lo sigue siendo.

En su mayoría, los “chinos de ultramar” apoyaron financieramente la revolución de Sun Yat Sen en 1911, pero fueron nuevamente desencantados con el fracaso del experimento republicano. (18) A partir de entonces, si bien sus intereses comerciales y financieros fueron protegidos por el Gobierno Nacionalista de Jiang Kai Shek, en gran medida las políticas de restricción a la libertad de los campesinos y el estado de situación imperante en China, producto de las frecuentes sublevaciones, disminuyó el interés por prestar ayuda directa al Gobierno. Los chinos en el exterior sentían que “era mucho más lo que ellos hacían por China que lo que China hacía por ellos”.

Sin embargo, a partir de 1937 la lucha contra el invasor japonés une nuevamente la voluntad de los chinos de ultramar, entre los que la comunidad en América Latina juega su rol. El apoyo a los combatientes, financiero, informativo y logístico, se complementa incluso con la presencia de descendientes directos de chinos nacidos en América en los Ejércitos defensores chinos.

Una nueva etapa parece abrirse en 1949. Para la gran mayoría, en particular los

chinos exitosos empresarialmente, la toma del poder por parte del Partido Comunista en China y la fundación de la República Popular en 1949 funcionaron como el último golpe a la ilusión del regreso y la construcción de una China unida. Sin embargo, no parece ser sino durante este Gobierno cuando el “deber de correspondencia” intentó ser extendido en toda su dimensión: Mao proclama una República en la que también ofrece representación a “los compatriotas de ultramar”: la *Unicidad* a través de la identificación con “lo chino” es el espacio que la política intenta utilizar, a fin de identificar un proyecto político-partidario con el ideal común de una cultura dispersa y comunidades instaladas en todo el mundo, a fin de fortalecer su legitimidad de origen.

De esta manera, profesionales, empresarios, docentes, maestros, trabajadores calificados, entendiendo la “oportunidad histórica que la “Nueva China significaba”, emprendieron el regreso, en su mayoría proveniente de los Estados Unidos y Australia. Una generación de profesionales bien educados, universitarios en su mayoría, regresó a China para servir a la “reconstrucción de la patria” (19). Desencantados nuevamente con el fracaso de un ideal revolucionario traicionado por la represión a los intelectuales y persecuciones políticas (20) diversas a las que se vieron sometidos, entre las más graves las de la Revolución Cultural, emigran nuevamente vía Hong Kong, para radicarse esta vez en los Estados Unidos, definitivamente. Aquéllos de menor calificación llegan nuevamente en menor número al sur de América.

Finalizada la época turbulenta con el ascenso al poder de Deng Xiaoping en China, se inicia la nueva política de reforma económica y apertura al exterior. En este contexto, la revalorización de los intelectuales y la solicitud de apoyo a la clase empresarial “china de ultramar”, para sostener el esfuerzo de construcción económica, son dos de las medidas inicialmente adoptadas por la nueva dirigencia del país en el entendimiento de que, sin en apoyo de los “chinos fuera de China”, el país no podría levantarse de años de postración.

De esta manera, medidas de fomento a la repatriación de intelectuales, técnicos y profesionales calificados fueron promulgadas a los efectos de producir el “efecto confianza” necesario para vencer décadas de celos y actitudes rencorosas. Producto del sentido de correspondencia profundo del pueblo chino con la “Madre China” y el interés que un nuevo espacio comercial abría para el desarrollo de negocios favorecido por los lazos familiares existentes y no rotos entre los residentes en el Continente y los emigrados, las inversiones, el comercio y las actividades productivas en general florecieron nuevamente dando impulso a la alicaída economía china: de esta manera, el 80% de las inversiones directas captadas por China provino de sus ciudadanos “allende los mares”.

No ajenos a estas respuestas, los líderes chinos también dieron estímulo a leyes de emigración más flexibles, fomentando la radicación de chinos en el exterior, de

manera tal que fueran el soporte distante de una Red de Negocios (21) con vinculaciones en todo el mundo y soporte estratégico de la política nacional de expansión comercial. Esta nueva categorización implica también reemplazar el concepto de “chino de ultramar”, en su sentido de residente permanente en el exterior, por el de “chino temporalmente ausente” de China.

Asimismo, cabe destacar la expresión institucional a nivel gubernamental que la observancia de los intereses de la comunidad china de ultramar ha tenido. En este sentido, las estructuras gubernamentales, tanto en China Continental como en Taiwán, por citar los casos paradigmáticos en este sentido, reflejan la existencia de sendos Ministerios para los Asuntos de los Chinos de Ultramar con directa dependencia de los poderes ejecutivos, y en los que los chinos emigrados asumen real representación. Esta organización se complementa en las asociaciones presentes en distintos países del mundo, las que conforman las primeras etapas de la articulación de intereses de las comunidades a fin de elevar las demandas al poder político. (22) Por su número, la representación más importante en América Latina de los emigrados chinos taiwaneses se encuentra en San Pablo (Brasil).

En la Argentina, contemporáneamente, podemos dividir en tres las etapas de la migración china. En la primera oleada, durante los años 70, llegaron procedentes de Hong Kong y Taiwán para pasar a formar parte de la comunidad extranjera asiática, que luego se vería complementada por la presencia de coreanos, vietnamitas y laosianos, en gran medida como resultado de políticas gubernamentales de fomento de la emigración. La segunda etapa, en la década del 80, vio detener el flujo de honkoneses y taiwaneses para dar cabida a los chinos provenientes del Continente, en su mayoría campesinos de baja calificación profesional provenientes de la provincia suroeste de Fujian. Esta lógica migratoria responde simplemente al atractivo que un país casi despoblado y con tierras en abundancia despertaba en campesinos con escasas o nulas posibilidades de acceder a parcelas en su país de origen, factor al que debe sumarse el de las comunidades ya establecidas que promovieron el arribo de familiares directos o parientes, a fin de ser empleados en actividades comerciales en las que la escasa calificación del emigrado no era un factor primordial. La tercera y última etapa, en la década del 90, nos muestra la Argentina como un país dualmente utilizado por los residentes chinos: receptor-expulsor. En principio, foco de sus actividades comerciales ligadas a la gastronomía, los servicios personales y el comercio minorista, así como a las actividades de exportación e importación; en segundo término, la Argentina como país de tránsito para las segundas generaciones; es decir, como simple plataforma de partida hacia un “mejor destino”, como los Estados Unidos o el Canadá. De todas maneras, la Argentina observa en la presencia de su comunidad china la impronta de su cultura, civilización y, como país históricamente receptivo a la emigración desde cualquier rincón del mundo, les ha ofrecido oportunidades de desarrollar su comercio, educar

a sus hijos e incluso de obtener fortunas personales, signo por excelencia de la realización del ideal material por el cual alguna vez abandonaron su tierra.

En conclusión, las huellas de las comunidades chinas en América Latina nos hacen reflexionar sobre la forma en que la llegada a nuestro continente se produjo y que en gran medida une a través del sufrimiento compartido a la cultura indígena con la china, ya que la historia de los trabajadores chinos en América es de las más cruentas en la historia de las migraciones chinas. Sin embargo, superados los tiempos del sufrimiento, la impronta cultural china cruza nuestro continente identificada por sus características distintivas, tales como el rol central de la familia, la frugalidad, el deseo de sacrificar el presente por el futuro, debido a la persistencia de un "sentimiento de crisis en relación con la historia", atributos que, al mezclarse con las culturas locales, los distingue claramente, por el esfuerzo, la habilidad comercial y el ahorro. En gran medida la fuerza ejemplarizante de estos valores puede servir para que América Latina vea en la cultura china un modelo que, sin perder identidad, le permita modelar un futuro más próspero y feliz.

## NOTAS

- 1) THOMAS SOWELL. *Migrations and cultures, a world view*, Basic Books Ed., 1996.
- 2) La población de China a comienzos del siglo XIX era de 370 millones de personas.
- 3) En un número aproximado a 6.000 en el navío Oquendo.
- 4) Huyendo de las penalizaciones a las que se verían sometidos por su actuación revolucionaria, ex miembros del Ejército Taiping (1850 - 1864) optaron por el exilio como medio de escape. Ver al respecto: Herbert Franke y Rolf Trauzettel. *El Imperio chino*, Editorial Siglo XXI, Cap.10.
- 5) Ver al respecto: Nicolás Cosío Sierra. "Presencia china en Cuba", *China Libre*, Vol.XVI, No.6 , Noviembre/diciembre de 1997.
- 6) Se estima que el 90% de los chinos que emigraron a las posesiones españolas entre 1847 y 1870 fueron contratados en Macao.
- 7) LUIS M. CHONG. "De culíes a héroes anónimos", *China Libre*, Vol. XVI, No.6, Noviembre/ diciembre de 1997.
- 8) Entre 1847 y 1873 se han registrado más de 15.000 muertes, *Ibidem*, pág.21.
- 9) Ejemplo es el rol político de los chinos en Trinidad.
- 10) Gran Bretaña y el Reino de España habían ya firmado un Tratado el 23 de setiembre de 1817 por el cual ésta última se comprometía a la supresión parcial de la trata de esclavos; por lo tanto, la presión británica debe interpretarse simplemente como la concreción de un compromiso asumido medio siglo antes.

- 11) La última dinastía china (los Jing , Manchúes), en 1909, abrió el primer Consulado General en la ciudad capital, que fuera elevado a Embajada en 1954.
- 12) *Noticias de la republica de China*, Suplemento Especial, setiembre de 1997.
- 13) "Las Relaciones China - Panamá", *China Libre* Vol.XVI, No.4, julio/agosto de 1997, pág. 3.
- 14) *Noticias de la Republica de China*, Vol. 27, No.23, 26 de agosto de 1997.
- 15) Se refiere al proyecto de Hierro Perú.
- 16) La experiencia del "protagonismo político" chino ha sido particularmente dolorosa en Malasia, donde la toma de posición de la comunidad china originó en 1969 un brote de nacionalismo "antichino" que generó un conjunto de leyes discrimi-natorias tendientes a evitar la participación creciente de la comunidad en la economía del país, restringió el acceso a cargos en la administración pública, así como las oportunidades de educación para los descendientes de chinos nacidos en Malasia.
- 17) En los Estados Unidos, New York y San Francisco, y Vancouver en el Canadá.
- 18) Por ejemplo, la nueva moneda que el Gobierno nacionalista pone en circulación fue impresa en los talleres de imprenteros chinos radicados en San Francisco.
- 19) Es ilustrativa en este aspecto la posición del Dr. Li Zhisui, quien luego fuera médico personal del Presidente Mao Zedong. Educado en Australia y Estados Unidos, encarna el ideal del intelectual atraído por la posibilidad de protagonizar la reconstrucción de China, devastada por décadas de guerras y conflictos internos.
- 20) Entre las más cruentas está la Campaña Antiderechista, producto de las críticas de los intelectuales a la orientación general del Gobierno y la "revolución" que Mao tomó como un ataque personal, pese a promover la *Campaña de las Cien Flores*: que cien flores florezcan y cien escuelas se abran era la consigna gubernamen-tal, sin embargo la gravedad de las críticas derivó en una cruenta represeión. Ver al respecto : John King Fairbank. *China , una nueva Historia*, Editorial Andrés Bello, Parte 4, Pág.438.
- 21) La actual bibliografía especializada sobre el tema en inglés utiliza el término *network* para definir estos lazos familiares y comerciales. Ver al respecto: John Naisbitt. *Megatrends in Asia*, Editorial Nicholas Brealey publishers, 1997, cap.1, pág.11.
- 22) En América del Sur la más importante representación política a nivel del Gobierno taiwanés la posee la Oficina que atiende los problemas de la comunidad china en Brasil, que es además la oficina central para todo el Cono Sur Americano.